

LA REVOLUCIÓN DE LA MIRADA

Por Néstor Tato, investigador del Centro de Estudios Humanistas de Buenos Aires-Mayte de Galarreta

La noción de mirada

La mirada es un término muy escuchado en el dominio de las ciencias sociales pero hasta donde sé, no había sido bien definido. Se lo utiliza habitualmente en el sentido de perspectiva o punto de vista.

Silo fue más allá. Comienza su libro “El paisaje humano”¹ con la explicación de la estructura paisaje/mirada: “por la complejidad del percibir, cuando hablo de realidad externa o interna prefiero hacerlo usando el vocablo ‘paisaje’ en lugar de ‘objeto’. Y con ello doy por entendido que menciono bloques, estructuras y no la individualidad aislada y abstracta de un objeto. También me importa destacar que a esos paisajes corresponden actos del percibir a los que llamo ‘miradas’ (invadiendo, tal vez ilegítimamente, numerosos campos que no se refieren a la visualización). Estas ‘miradas’ son actos complejos y activos, organizadores de ‘paisajes’, y no simples y pasivos actos de recepción de información externa (datos que llegan a mis sentidos externos) o interna (sensaciones del propio cuerpo, recuerdos y percepciones). De más está decir que en estas mutuas implicancias de ‘miradas’ y ‘paisajes’ las distinciones entre lo interno y lo externo se establecen según direcciones de la intencionalidad de la conciencia y no como quisiera el esquematismo ingenuo que se presenta ante los escolares.”

De modo que el concepto de mirada que surge de estas líneas nos pone en presencia de una nueva noción que merece un análisis más detallado.

La mirada es el principio

La mirada es el principio en el sentido literal de comienzo u origen (*arkhê*). Todo comienza con la mirada. Antes de la mirada no hay nada. Después de la mirada, todo. Si se quiere una figura teórica, el conocimiento como tal comienza con la reflexión, con el pensar sobre lo percibido o sea, lo visto. Porque *antes de pensar lo que ví, lo miro*.

¹ *Obras Completas, T. I, www.silo.es.*

Lo cierto es que no se puede determinar cuándo comenzó la mirada. La historia de la humanidad es la crónica de su desarrollo, de su evolución. La evolución humana es evolución de la mirada, sobre el mundo y sobre sí misma.

La mirada es paisaje

A cada momento estoy situado, estoy en una situación con dos parámetros mínimos: espacio y tiempo. Pero en el curso de mi vida, sólo actúa uno de ellos de manera constante, el tiempo. Mi vida es una sucesión de momentos. Los espacios son accesorios para cada momento, por tanto, para ese devenir. Siempre hay un espacio porque la percepción es espacializada. En cambio, el tiempo es el mismo movimiento del ser, del percibir, y permanece oculto por esa espacialidad de las vivencias. Es advertido mediante el cotejo de lo pasado, del espacio que pasó con lo que está presente, y en la sucesión de cotejos se prevé el futuro, a partir de esa experiencia pasada. Ese estar situado tiene en su centro la mirada.

La mirada organiza el paisaje y así, sostiene las figuras del mundo que están presentes. Las representaciones de lo que fue o viene siendo esa situación que vivo y las de las expectativas de lo que será o en lo que devendrá, se entrecruzan formando el instante presente, que ya va dejando de ser en el vislumbre de lo que viene.

La mirada es síntesis²

Todo el conocimiento que tengo de esa situación se actualiza en la mirada, retenido para coordinar mis operaciones. Los sentimientos que antecedieron, tengan o no que ver específicamente con la situación, también están ahí. Y, por supuesto, aquí está mi cuerpo con su sistema de tensiones, configurado a lo largo de mi biografía.

Recuerdos, emociones y tensiones se combinan en la disposición o actitud que tengo hacia la situación que vivo. Pero cada una de esas franjas de mi experiencia es un manajo de imágenes de matriz sensorial que están como magnetizadas, tienen una carga distintiva que les da cohesión. O mejor, tienen potenciales diferenciados que las cohesionan según sea el juego en curso. Pueden converger, divergir o permanecer neutrales, coexistiendo.

² Lo que sigue es una versión de la sección segunda del cap. II, libro I de la Analítica Trascendental de Kant, *Crítica de la Razón Pura*, t. I, Ed. Sopena Argentina, Bs. As. 4ª. Ed. 1952, p. 125 y ss.

La unidad que se conjuga, disparada frente a la situación, frente a un objeto dominante o un tema o una franja de interés, hace de la mirada una única mirada. Ya sea por el sesgo determinado por la perspectiva que siempre está actuando, o por la singularidad de una vivencia nueva frente a la situación, motivada por la azarosa combinación de esos potenciales, producida por la dinámica misma del juego biográfico en el flujo actual de la conciencia.

En tanto momento (temporal) *la mirada es actualización* pero ¿qué es lo que se actualiza?

Desde un punto de vista lógico, las representaciones categoriales. Ellas con-figuran el objeto (la situación) y se actualizan en esa configuración. Todos los géneros y –si fuera el caso- las especies convergen en la constitución de la situación. Atendiendo a la plasticidad característica de lo imaginario, diría que, más bien, coalescen³.

Pero la actualización no es sólo una operación lógica. En todo caso, la operación lógica puede concretarse después de que se produjo la actualización y con base en la representación que se pueda tener de ella. Porque en el momento mismo, nada puede observarse. Si lo actual es lo actualizado en la mirada, si es aquello en lo que el mirar con-fluye desapareciendo por un instante como mirar, entonces lo actual no puede ser el mirar. Y cuando éste puede ser actualizado ya no es actual sino representado. O sea que, sea que atienda al objeto (lo mirado) o al sujeto (el mirar), esa mirada atenta que fluye de uno a otro para recabar información de ambos, ese mirar es lo actual, lo presente y, sin embargo, paradójicamente ausente porque está presentando lo mirado. Por tanto, ese mirar es imposible de ser representado en el acto de mirar. Porque o bien mira lo percibido o bien mira lo representado. De modo que el mirar como tal nunca puede ser captado sino inmediatamente después de haber sido.

En ese momento presente se actualizan también las expectativas, los recuerdos, los sentimientos, las tensiones corporales, todo aquello que puede asociarse a partir del estímulo presente u objetal.

Concretada la unidad de la síntesis en la vivencia de la mirada, sucede la representación que ahora sí, puedo estudiar, analizar, descomponer, asociar, etc.

Pero para poder seguir operando sobre esa situación necesito volver a sintetizar todos los elementos analizados porque de otro modo, lo dinámico no funciona. Es la unidad

³ El verbo *coalescer* no figura en el diccionario RAE. Es simple traducción literal del *coalesco* latino que significa en una de sus acepciones, unirse, ligarse (cfr. Diccionario Spes, hoy Vox). En química, la coalescencia es la fusión de elementos idénticos (v. Wikipedia). Si se atiende a que las imágenes son idénticas en tanto sustancia que soporta materias provenientes de sentidos, memoria o imaginación, se da la condición básica para la coalescencia y explica cómo se sintetizan en el imaginario elementos disímiles, como es el caso del unicornio. Los sueños son una prueba patente de ello.

que el objeto tiene como código para la conciencia lo que permite recuperar su dinámica, que no es sólo suya sino también mía.

Así que las operaciones lógicas no pueden terminar en un resultado intelectual, la verdad obtenida no es un cálculo verificable. Principalmente, el resultado es un registro de conciencia que abre nuevos caminos en la indagación. La verdad no es un fenómeno objetivo sino subjetivo. Si no me conmueve, si no modifica mi estado interno, mis creencias, no es verdad. No es más que un cálculo adecuado a parámetros externos a mí.

En un principio, la verdad aquietta porque calma la ansiedad de la búsqueda. El hallazgo tranquiliza con el encuentro entre las preguntas y los hechos que las satisfacen. Pero si es verdad verdadera, si es vivencia plenaria de la verdad, inquieta. Lentamente va abriendo nuevos horizontes, disparando nuevas preguntas, activando nuevas búsquedas.

En la mirada confluyen la síntesis del conocimiento que hace a lo objetal y también la de las vivencias vinculadas. Confluyen el objeto y el sujeto íntimamente entrelazados en la vivencia y ni el objeto es plenamente objeto sin el sujeto, ni el sujeto sin el objeto. Cada uno es lo que es *por* el otro. El sujeto *anima* al objeto, incorporándolo a su vida, y el objeto es la ocasión de activación de esa vida que se vuelca sobre él.

En la mirada cabe el universo todo porque en ella podemos descubrir todos los niveles de estimulación que nos aporta el mundo, tanto externos como internos, que se encuentran confluyendo en ese instante. A la inversa, la mirada está en todo, porque sin ella no hay nada.

La mirada es conciencia

La mirada es el ámbito de conciencia, de lo que me doy cuenta en el momento, la vivencia. Por eso la conciencia queda relegada en la mirada y lo que destaca en ella es el mundo que presenta. Esto hace que sea necesario desde ya señalar que hay dos abordajes o perspectivas para relacionarme con la mirada: como la estructura de ese mundo que aparece ante mí y como esta copresencia que la soporta. La mirada como estructura del paisaje es lo que determina que el objeto aparezca como aparece. Por el otro lado, como copresencia, es el ámbito donde se presenta el imaginario que modela el mundo y mi misma vida.

El paisaje es el borde del universo que puedo percibir, la franja de mundo con la que estoy en contacto, que vivo. Desde allí hacia el horizonte se extiende toda la gama de posibilidades de objeto que conozco y puedo conocer gracias a la experiencia colectiva. Por este lado, la mirada es el complejo de representaciones que sirve de trasfondo al momento que vivo. De aquí hacia adentro se van abstrayendo las esencias (las representaciones posibles de mi ser) hasta desnudarse y quedar en lo que son, meras imágenes en dinámica, soportes vacíos de los posibles perceptos que habrán de llenarlas. Pero esa abstracción progresiva también me abstrae, abstrae la imagen que de mí tengo, despojándola de sus vestiduras ocasionales según la profundidad de los complejos representativos que se vayan presentando. Hasta ser un simple punto de mira que puede dejar de ser punto.

Por eso la mirada me parece un concepto nodal y axial: en y desde ella puedo moverme hacia los confines del universo por un lado, y por el otro, hacia las profundidades de mi ser, donde dejo de ser representación para convertirme en lo que soy, pura presencia que promete abrir otra dimensión. Ambas direcciones de mi mirada se coimplican, una no puede ser sin la otra y no puedo avanzar en una sin profundizar la otra, so pena de verme envuelto en la bruma imaginaria que normalmente llamamos realidad.

Así que si de confines se trata, me remonto a los orígenes.

El origen del impulso

Una explosión es un impulso multidireccional, en el caso del big-bang esto parece cumplirse aunque no se pueda percibir. La explosión primordial disparó puré cósmico en todas direcciones y las partículas fueron diferenciándose a medida que la resistencia del vacío y el frío fueron disminuyendo la temperatura inicial.

Aquí me detengo: hay una expansión inicial que todavía se continúa como movimiento universal. Ya no sólo las partículas sino las nebulosas y los cuerpos estelares que formaron se siguen separando en esa expansión.

Pero en ese movimiento expansivo se produjeron movimientos locales de contracción. La gravedad produjo compactaciones locales que formaron las primeras estrellas y éstas se agotaron produciendo helio, hidrógeno y otros gases primordiales que volvieron a formar nebulosas y estrellas, nuevos hornos que produjeron los elementos que sirvieron de soporte para la vida.

Me vuelvo a detener: en la expansión se producen contracciones locales, la materia en su estado de partículas vuelve sobre sí concentrándose por la gravedad y el equilibrio producido por la combustión genera la radiación. En la gravitación puede leerse una suerte de vuelta sobre sí dada por la concentración.

Es lo contrario del impulso inicial, centrífugo, pero similar porque aunque centrípeto, la gravitación es también una fuerza multidireccional pero hacia el centro.

El puré cósmico⁴ estuvo compuesto por quarks libres, fotones, leptones y otros, partículas que no tenían vinculación ni podrían haberla tenido debido a la alta densidad que los mantenía compactados.

En un segundo momento/movimiento los quarks y los gluones se combinan dando lugar a los hadrones (protones, electrones y otros), que en un nuevo momento producen la nucleosíntesis, la combinación de protones y neutrones genera núcleos de helio, deuterio y otros que en una nueva recombinación de electrones genera los núcleos primordiales y la de protones con electrones da lugar a una nueva estructura: los gases.

Esto se da en un medio de materia oscura, son concentraciones gravitacionales de hidrógeno y helio altamente inestables, por ser partículas pesadas de baja interacción.

En ese medio de materia oscura los gases se concentran dando lugar a las galaxias y las estrellas, de las que surgen los elementos pesados que sirvieron a la formación de planetas.

En el nuestro, en su etapa temprana comenzó la evolución química con la formación de entes anucleados, los procariotas, que se unieron por simbiosis, generando entes con núcleo y otros complejos, los eucariotas. En una nueva simbiosis apareció la fauna pluricelular compleja que dio lugar a la explosión precámbrica de formas de vida, que llegan hasta hoy.

Repasemos: desde la explosión inicial se fue dando un proceso caracterizado por la autoorganización⁵ donde parte de los elementos de un nivel dado se combinan para generar un nuevo nivel de organización sin que desaparezcan los elementos del nivel inferior sino que se conservan y en mayor cantidad.

⁴ En este detalle sigo a Alexander Panov, *Constantes de la Evolución Universal y evolución en el Multiverso*, trad. Hugo Novotny, archivos del CEHBA.

⁵ En Panov, la autoorganización al proceso de la materia es la extensión del concepto de autopóiesis de Humberto Maturana y Francisco Varela, *De máquinas y seres vivos*, Ed. Lumen, Buenos Aires, 1994.

De los unicelulares a las moléculas y luego los organismos complejos hay una clara línea de complejización de la materia, y de hecho todas las formas primarias de vida se mantienen, integrando, por ejemplo nuestros cuerpos.

Autolocomoción y sensibilidad fueron las características que aparecen con las formas animales, siendo aquéllas formas primarias de la imaginación.

No tiene caso detallar el proceso hasta la aparición de nuestra especie. Pero si se acepta que el psiquismo humano es un flujo imaginario, puedo decir que la aparición de la especie humana significó la apertura de una miríada de flujos imaginarios en el planeta, que inicialmente reflejaron el medio para ir transformándolo de maneras cada vez más complejas. Con la especie humana se cumple acabadamente con lo que Teilhard de Chardin llamó ley de complejidad-consciencia: a mayor organización externa, mayor complejidad en la organización interna⁶.

De modo que cabe preguntarse si la evolución futura es como se predice, desde la expansión a la concentración, o si el movimiento contractivo que se prevé, se ha venido cumpliendo en las concentraciones locales que mencioné, generadoras de nuevos niveles de organización de la materia. Entonces, esa expansión que se *imagina* (porque no se puede ver a escala humana), y que según el cálculo, precedería a la contracción final hacia un nuevo big-bang, ¿no será en realidad un movimiento ascendente hacia nuevas formas organizativas de lo real que hoy no podemos siquiera imaginar? Y dije de lo real, no de la materia.

Así como en astrofísica hablan de una constante de velocidad que permitió que el universo no se disolviera en la expansión ni colapsara sobre sí para dar lugar a lo manifestado, se podría afirmar que la curvatura espacio-temporal prevista por Einstein se cumple, pero no en la dimensión espacial sino temporal, y que cada nivel de organización de la vida va sirviendo de soporte para el siguiente. Así, en el momento actual tenemos la más alta conservación de individuos lograda en la historia (al punto que se plantea si el ecosistema planetario podrá albergarnos en unas décadas) simultánea con la más alta concentración en muchos puntos del planeta. Y, desde el punto de vista que nos interesa, a nivel cultural se está produciendo una progresiva vuelta sobre sí, una consideración cada vez más integral y completa de lo humano. No sólo a nivel del conocimiento científico sino desde las prácticas existenciales.

⁶ *El fenómeno humano*, Ed. Taurus, Madrid, 1955.

No es descabellado afirmar, entonces, que estamos en vísperas de una profunda revolución humana.

Para complicarla un poco más podemos tomar la hipótesis del multiverso, de la pluralidad de universos que viene siendo y no alcanzamos a captar, pero antes un ejercicio imaginario. Lo que vemos en el espacio cósmico *no es más que pasado* porque no tenemos idea de cómo podrá ser eso cuya luz captamos, debido a la distancia temporal que implica la medición en años-luz. Imagínate que esa luz que te llega desde todos los puntos luminosos que llamamos estrellas es lo que ves pero no lo que es, porque lo que ves *ha sido* hace tantos años cuantos sean los de la distancia en años-luz. O sea que de lo que hay fuera de nuestro sistema solar prácticamente no tenemos una noticia actualizada. Si fuerzo un poco más y pienso en que la percepción me informa de lo que hay alrededor mío con 68 nanosegundos de retraso, resulta que de nada tengo información actual. De modo que *todo lo que veo ya no es*. En el momento que estoy siendo sólo yo soy con certeza.

De modo que lo único firme es mi mirada. De donde se entiende el principio antrópico que ha dominado nuestras cosmovisiones.

Si combino esa *imagen* con el hecho también verificable de que lo único real son los miles de millones de miradas humanas que en este momento actúan ¿no serán esos millones de miradas los millones de universos en desarrollo concomitante que se prevén en la hipótesis del multiverso? Mi mirada es única pero no la única. En todo caso, actuamos la increíblemente diversa mirada del mundo sobre sí mismo.

Los flujos culturales

Puedo decir que la evolución de la materia lleva a la aparición de una multiplicidad de flujos imaginarios sobre la superficie del planeta. Es una imagen que me resulta simpática, elocuente, pero que como toda reducción, no da cuenta acabada del fenómeno.

El problema del pensar radica en la adecuación de la imagen a aquello de lo que quiere dar cuenta. Del fenómeno universal creemos tener datos objetivos que no lo son, pero la representación que terminan construyendo los astrofísicos parece coherente con las luminarias que vemos en el cielo. La correlación de los datos de los aparatos con los fenómenos celestes, configuran una visión conceptual que se convierte en un cielo “objetivo” para mí. De hecho, me ha permitido romper el cerco

perceptual y por la noche enfrentar el cielo estrellado teniendo de trasfondo el movimiento de las galaxias y no la fijación del planeta en el centro del universo.

Con el fenómeno humano va pasando lo mismo, bien que lentamente por la influencia que las ideologías tienen sobre su configuración.

Además, de las estrellas tenemos tan poco dato perceptual que podemos aceptar fácilmente las explicaciones teóricas, pero de lo humano, por lo contrario, estamos abrumados de datos perceptuales tan ciertamente vividos que no podemos deshacernos fácilmente de las representaciones que se construyen a partir de ellos.

Mi visión del paisaje humano es más que escorzada. No sólo depende de mi posición social sino también de las creencias que en mí operan. Y estas creencias, como todo lo imaginario, *son transparentes*. Mis creencias sobre la realidad *son* la realidad. Para mí. Y no sólo para mí sino que también lo son para aquéllos con quienes las comparto, lo que confirma su “veracidad”.

Las explicaciones que se han intentado del fenómeno social han ido variando con el trasfondo de creencias vigente en cada momento histórico, pero siempre han sido tomadas como la realidad, en cada momento.

Así fue que la visión más generalizada es la de considerar la sociedad como un organismo múltiple, un poco al estilo del *macroanthropos* renacentista⁷. Esta figura se ha plasmado en la concepción de los entes colectivos a imagen y semejanza del individuo, como el caso de la persona jurídica, ente abstracto creado por el derecho al que se ha dotado de voluntad y discernimiento mediante la asimilación de su órgano directivo a la función intelectual del individuo.

No es el caso de extenderme sobre las distintas concepciones de lo social pero en todas ellas la visión de la realidad, en tanto visión o creencia, es transparente.

Castoriadis⁸ ha innovado con su visión de la imaginación radical y las significaciones imaginarias sociales que lo llevaron a concebir la sociedad como un campo social-histórico, como el sujeto colectivo en el que se producen las alteraciones de la temporalidad. Y esa visión cristalizó en su concepción del magma imaginario, como el ente que engloba la dinámica imaginaria social, que más que ente es una dinámica. Esta última aclaración resulta necesaria y destacable por ello: ente significa siendo, por tanto, es dinámico por sí mismo. La tradición ontológica, sin embargo, lo ha equiparado a “el ser” en tanto cosa y, por tanto, estático. Cosas de la mirada del

⁷ Ver la monografía de David Sámano “La noción del macroantropos como apoyo para la disciplina mental”, Parques de Estudio y Reflexión Aldama, México, 2013.

⁸ *Institución imaginaria de la sociedad*, vol. 2, Ed. Tusquets, Buenos Aires, 1993.

pensar. La necesidad que el operador tiene de congelar el movimiento de la conciencia para poder representarlo y analizar⁹, hace que los mismos conceptos que produce queden congelados, perdiendo su espontánea dinámica.

Pero ese magma tampoco es visualizable, como buen magma es difícil hacerse una figura de él. Entonces ¿qué es lo social?

Los flujos imaginarios no son visibles, pero sí lo son sus productores, los seres humanos. Estos no aparecieron de golpe sino que se fueron desarrollando. De modo que lo que hubo, fueron conglomerados humanos pese a que el pensamiento tradicional se empeña en hablar de “el hombre” como si el patrón de la existencia fuera el individuo. Por lo contrario, lo concreto y universal es que en la realidad se han dado conjuntos humanos localizados geográficamente. Esos conjuntos fueron transformando los lugares que habitaban y siguieron una dirección multiplicativa y concentradora hasta producir los fenómenos urbanos.

Esas comunidades se diferenciaron en sus manifestaciones externas: distintos idiomas, distintas creencias, distintos modos de organización, pero sus actividades fueron siempre las mismas, clasificadas como se conoce: económicas, religiosas, políticas, sociales. De modo que esas comunidades configuraban culturas, dinámicas de actividad que compartían, en definitiva, el cuidado del cuerpo. Sus actividades estaban orientadas a la supervivencia que es, elementalmente, la del cuerpo¹⁰.

Una cultura es un conjunto de conductas *regulares*. El conjunto de los individuos que pertenecen a ella desarrollan conductas similares en torno a franjas de actividad que tienden a la conservación del cuerpo y a través de la reproducción, de la especie humana. De modo que se podría decir que la cultura es un factor inercial en la evolución humana: son los patrones de conducta social que sirven a la conservación de la especie. En este nivel de organización, el que se manifiesta en este punto de la evolución de la vida, la cultura es una expresión del principio de conservatismo que menciona Panov¹¹.

⁹ Ver Silo, charla sobre el pensar en *Silo sobre el Pensar y el método*, Ed. Del País, Bs. As, 2017.

¹⁰ Podrá verse en esto un contrasentido al incluir a las actividades religiosas, pero si se atiende a los contenidos de las enseñanzas doctrinales se advertirá que éstas cumplen con patrones de conservación del cuerpo y la sociedad a través de la moralización de las costumbres. En cuanto a la relación con la divinidad, en tanto estaba intermediada por una casta sacerdotal, más parece que fue un factor de subordinación del pueblo a ésta que el cumplimiento de una función de puente con la esfera de lo sagrado.

¹¹ Ver nota 3.

Una revolución cultural

Cada cultura y todas ellas, están orientadas por una visión del mundo. De modo que las diferencias que las identificaron derivaban de su visión del mundo. Por tanto, de su configuración imaginaria del mundo. Esas configuraciones imaginarias del mundo tenían una nota distintiva: no era reconocido como semejante cualquier individuo humano sino sólo los que compartían esa visión particular del mundo.

Esta característica de desconocimiento de lo humano como universal no es propia de las primeras culturas, sino que se puede rastrear hasta nuestros días en las culturas grupales, partidarias, religiosas, deportivas. Por caso, el auge del movimiento feminista ha puesto de manifiesto una fractura en las creencias que hasta estos días permanecía invisibilizada, y promete ser una renovada fuente de violencia de género por las reacciones que cosecha entre los grupos patriarcales.

Estas visiones particulares del mundo articulan miradas en el sentido más frecuente del término: una determinada perspectiva sobre una franja de la realidad, parcializada por ese sesgo.

La mirada caracteriza al ser humano. Esa mirada puede estar dispersa, o sea condicionada por los objetos que la captan, o dirigida por el sujeto que la porta.

La convivencia social depende de las miradas que la sostienen, así que el interés colectivo necesita un punto de vista que lo peralte. Esto se nota por su ausencia, la colisión o divergencia de las miradas individuales debilita la cohesión social.

Lo que une es un punto de vista común pero lo que garantiza esa unión es un nuevo punto de vista.

El punto de vista vigente sostiene la separatividad, concretada en la díada sujeto-objeto, observador-mundo, yo aquí-mundo ahí.

Desde esa díada, la sociedad y yo somos entes distintos, no sólo diferenciados sino que podemos estar enfrentados. Mis intereses, por el solo hecho de ser míos, colisionan con los del conjunto. Si miro la sociedad como algo que está separado, de lo que estoy separado, eso hace imposible la cohesión. Y si no miramos lo mismo, sucede igual. De modo que el punto de articulación del individuo y la sociedad radica en el punto de vista que, en definitiva, es el interés que puedo identificar como guía de mis acciones.

El punto de vista encuadra la mirada. Así que un punto de vista que ponga el foco en lo humano como central es condición necesaria de cualquier cambio. Y lo irreversible de ese cambio depende de que se revolucione el punto de vista.

El sostén del punto de vista es el punto de mira, el observador. Si miro desde adentro, considerándome, tomándome en cuenta en la mirada, y a la vez considerando que los otros son como yo, que también están mirando, y juntos estamos formando el conjunto, estoy asumiendo la parte de soberanía que me corresponde y compartiéndola. Si mi mirada incluye al conjunto, incorporo al mundo.

Poner lo humano como valor central implica considerar mi humanidad y considerar la del otro. Incluyéndonos, en la reciprocidad estamos considerando lo humano que nos contiene.

Podemos extraer una conclusión necesaria en el sentido del título de este trabajo: *se impone trabajar por la difusión de la necesidad del reconocimiento de lo humano por todos y para todos.*

Es imprescindible comenzar a promover la difusión de *lo humano como valor central*, y partir de la realidad de *que los valores no se transmiten por la vía del entendimiento sino de la comprensión y la empatía.* De ese modo, una revolución tal depende de un cambio en la actitud y en las relaciones sociales.

Si bien la visión de las cosas, la creencia que las sostiene es un factor determinante, la acción que refuerza esa creencia también lo es¹². Por tanto, es necesario predicar y hacer con el ejemplo. Porque la incorporación imaginaria se produce por asimilación a través de la percepción, de la vivencia. Se trata del ejemplo de conjuntos que actúen en la dirección de aprender esa solidaridad que vaya encarnando la humanización que se propone.

Pero esa incorporación no es mecánica. Como son las imágenes las que me dan dirección, es posible promover una imagen central que comience a constelar el resto de las imágenes que me orientan. Esa imagen de lo humano como valor central, es la de un bien a cuidar en mí y en todos. Todo lo que atente contra lo humano o su construcción es un disvalor. Todo lo que ayude a su construcción es valorable.

Se trata de un elemento ideológico que permite comenzar a ordenar ya no mi mundo, sino las mismas actividades sociales.

¹² Es otra versión del “todo conocer es un hacer por el que conoce” de Maturana y Varela, *El árbol del Conocimiento*, Ed. Lumen, Buenos Aires, 2005.

Instalar lo humano como valor central es proponerlo a las miradas individuales para que se vaya incorporando como referencia constante de las propias conductas, y como bien común hacia el cual toda actividad social debe propender.

Con esto podría darse por cumplido el tema que anuncia el título, pero como cualquier propuesta de actividad social, ésta no deja de ser una figura externa que necesita impulso. Y eso, viene de adentro. Así que hay que volver a la mirada, porque el campo fenoménico donde se ha de desarrollar es en la conciencia.

La conexión con el impulso universal

Volviendo a ampliar la lente tenemos que recuperar la visión planteada del conjunto de fenómenos que acabo de exponer. Aquí recupero la última de las tres nociones que mencioné al inicio: el impulso. En todas las fases y niveles del fenómeno universal hay dinámica, movimiento. Y ese movimiento está provocado por un impulso. Sea expansivo, sea contractivo, hay impulso. Varía su dirección: hacia afuera de sí, o hacia sí, siempre hay impulso.

Todo lo dicho pudo parecer la descripción de lo que es, pero no lo es. Porque para describir hay que percibir antes. Aunque este cúmulo de datos sobre el todo que se nos escapa perceptualmente sean retazos perceptuales, ya directos, ya indirectos a través del aparataje que censa los confines del espacio sideral, todo junto, así en forma de teoría, no es más que una representación. La representación de aquello que nos rodea y contiene, pero una representación. O sea, una mirada. Quizás se pueda decir que una teoría no es una mirada, porque es un conjunto de datos objetivos, verificables con independencia del observador. Pero no, la teoría se actualiza como síntesis en una vivencia de lo cósmico que puede llegar a ser cósmica por sí misma, por la conexión que actúa. Y eso, sólo se logra en una mirada.

Y volvemos a caer en la mirada todo-cobijadora.

Tendida hacia delante

Para cerrar el punto de vista cósmico, representemos el hecho de que la evolución ha dejado sobre nuestro planeta (¿el único?) miles de millones de miradas humanas. Todo el trabajo de organización de la materia genera entes sentientes, que *abren su*

interioridad para captar lo que les rodea, y luego seres que miran¹³, que *envuelven el mundo con su interioridad*, transformándolo¹⁴.

Como resultado del complejo y progresivo proceso de organización de la vida, esa miríada de miradas *brot*a dirigida al mundo. Y hacia su futuro, porque esas miradas traen el tiempo al mundo.

Es que mi mirada es un ir hacia delante, básicamente un ir-hacia. O en términos clásicos, un tenderse hacia, un *intendere*. En tanto conciencia, la mirada es el momento en que se concreta la intencionalidad, el movimiento básico de la conciencia¹⁵. El flujo imaginario que es, no es azaroso ni desordenado, está básicamente dirigido hacia el mundo, hacia afuera del cuerpo.

Ese movimiento *imaginal*¹⁶ que es la intencionalidad de la conciencia, resulta de la actividad energética del cuerpo y si tomamos el cuerpo como el resultado de la evolución en este instante, la energía que produce y anima la intencionalidad es el impulso universal individualizado, singularizado en esta mirada que ahora brota y se posa sobre mi mundo.

El mundo es el contexto de esa conciencia que actualiza cada mirada.

Aquí rescato otra noción de Silo: la conciencia es el acto del mundo¹⁷. Edgar Morin¹⁸ lo plantea como el problema clave que es “un nudo gordiano de doble articulación: 1. la articulación entre el objeto-cosmos y el sujeto cognoscente según la cual el cosmos engloba y genera al sujeto cognoscente, el que aparece como un minúsculo y fugitivo elemento/acontecimiento en el devenir cósmico, pero en el que al mismo tiempo el sujeto cognoscente engloba y genera el cosmos en su propia visión; 2. la articulación entre el universo cosmo-físico y el universo antro-po-social en el que cada uno a su manera es productor del otro en completa dependencia del otro”.

Somos el punto más alto del desarrollo universal es este instante, actuado por las incontables conciencias que habitamos el planeta. Y esa conciencia universal es el

¹³ A este punto llegué en mi *Qué es la humanidad*, publicado en *La otra mirada*, Ed. Virtual, Sgo. de Chile, 1998.

¹⁴ Ver en *El telar humano*, “El eje intencional”, parquelareja.org.ar/Centro de Estudios/otros aportes, también mío.

¹⁵ Edmund Husserl, *Investigaciones Lógicas*, v. 2, 5ta. invest, Rev. De Occidente, Madrid, 2da. ed. 1967; *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica I*, FCE, México, 2da. ed, 1962, pgfo. 36; Silo, *Apuntes de Psicología*, O.C. v. 2, Psicología I, 3. Conciencia, A. Estructura de la conciencia, www.silo.es.

¹⁶ Este término sirve para diferenciar la imaginación como actividad de lo imaginario como resultado de esa actividad. La imagen como tal, sin referencia a lo que porta, a lo imaginado, es la dinámica propia de la conciencia que constantemente brota generando percepciones y representaciones, todas ellas imágenes que, en definitiva se distinguen por su contenido. Desde el punto de vista de una teoría del conocimiento su importancia radica en lo que *presenta*, básicamente el mundo. Sin embargo, el contacto consigo misma abre paso a dimensiones del propio ser ocultas por la percepción externa.

¹⁷ *Meditación Trascendental*, Ed. Trasmutación, Buenos Aires, 1972.

¹⁸ En *La Méthode.1. La nature de la nature*, p. 92, Ed. Du Seuil, 1977.

acto del mundo. El mundo actúa a través nuestro. Y ese mundo es humano. Lo material no es más que su soporte.

Conciencia como flujo

Desde los dos extremos de la filosofía se ha dicho que la conciencia es flujo. Tanto Castoriadis desde la agonía del materialismo como Husserl desde la del idealismo, ven lo mismo cuando describen al individuo como “flujo representativo/afectivo/intencional”¹⁹ o la conciencia como “entrelazamiento de las vivencias psíquicas en la unidad de su curso”²⁰. En ambos casos, lo material dado es un flujo imaginario percepto/representativo, imágenes generadas en base a materia sensible que presentan, ora el mundo (percepción) o su posibilidad (representación).

Castoriadis lleva el materialismo a su punto de disipación cuando dice que la sociedad es un campo histórico-social de significaciones imaginarias, una imaginación radical que genera/sostiene el imaginario social que es la sociedad instituyente²¹, y llega a decir que lo imaginario es un nivel de materia. Lo que existe es una imaginación radical que constantemente actúa generando significaciones imaginarias sociales, alimentada por y alimentando a un imaginario colectivo que es sostenido, reproducido y modificado por esa imaginación radical.

Los individuos no somos otra cosa que el momento de reproducción/modificación de ese imaginario a través del filtro que impone nuestra percepción determinada por su ubicación en el mundo. Desde nuestra ubicación perceptual vemos/vivimos individuos sin atinar a actualizar la efectiva copresencia del conjunto humano que en este momento está interactuando, vertebrado por las significaciones imaginarias sociales.

En esta concepción el imaginario social juega un papel primordial como portador de las significaciones imaginarias sociales que invisten al sujeto durante su proceso de socialización. Que no nos interesa aquí.

¹⁹ Cornelius Castoriadis en su *Institución...*, vol. II, p. 151 Tusquets Editores, Buenos Aires, 1993.

²⁰ Edmundo Husserl, *Investigaciones lógicas*, vol. II, Quinta investigación, p. 151, REv. De Occidente, Madrid, 1967.

²¹ Es el tema central de su *Institución...* desarrollado en el vol. II.

La estructura acto-objeto

De modo que tenemos una primera aproximación a la estructura de la mirada, en ésto que Silo abstrae como acto-objeto²². Esta noción implica un corte sincrónico en el flujo de la conciencia, una necesaria detención del pensar para ver cómo podemos aproximarnos a sus momentos²³. Y digo momentos porque el “objeto” es una masa de información que la mirada analiza y va discriminando y diferenciando. El objeto es un momento y el acto es otro, discriminados por el movimiento de la atención. Siempre partiendo de la premisa de que cuando analizo no estoy percibiendo sino representando lo que percibí para poder estudiarlo. Por eso, momento o acto es cada vez que la atención se posa sobre un aspecto del objeto y lo destaca.

Un concepto interfase

Podemos decir que mirada es conciencia y es adecuado, pero es esa conciencia *única* que Husserl resaltó como real, y a partir de la cual desarrolló su mirada fenomenológica, lo que le valió ser calificado como solipsista e “idealista”²⁴. Más tarde, Sartre habló de la conciencia como conciencia singular, única, de ese objeto que tengo delante²⁵, pero quienes han teorizado se han cuidado de mantener el sentido general del concepto que utilizaban (conciencia, psiquis, alma, espíritu), asentado en una visión ontológica, en la consideración objetivante de ese ser que intuían y que, por abstracto, lo presentan genérico y desdibujado de toda concreción sensible, aún cuando llevara en potencia todas las actualizaciones sensibles posibles.

De modo que no hay un concepto –hasta donde conozco– que sirva de interfase entre las dos miradas –externa e interna, entre los dos puntos de vista que en las últimas décadas han dado en llamar “de la tercera persona” y “de la primera persona”. Este cambio de “conjugación” apenas nos arrima a la modificación radical que implica la encarnación de los conceptos, la vivencia de lo que las teorías nombran y explican. O que articule los dos niveles de mirada: el individual y el social, o el teórico y el vivencial.

²² Ver sus *Apuntes de Psicología, I*, en *Obras Completas*, v. I, www.silo.es.

²³ Ver nota 3.

²⁴ El lema inaugural de su método es “a las cosas mismas” (*Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica, I*, Ed. FCE, Introducción, pgfo. 19, México, 1962).

²⁵ *La trascendencia del ego*, Ed. Calden, Buenos Aires, 1968.

En el momento inaugural del pensamiento moderno, cuando Descartes dijo “*cogito ergo sum*”²⁶, en una sola frase condensó ese salto existencial: “*En sorte que ce moi, c’est-a-dire l’ame par la quelle je suis ce que je suis*”. Ese *moi* que existe solo en francés designa a “yo” en función de objeto, no como sujeto. En ese instante está tácito lo que Descartes no dijo: “*ce moi que je suis*”, y en castellano no tendríamos cómo expresarlo porque no tiene la misma fuerza decir “ese yo que yo soy”. La repetición queda desprolija pero sobre todo, aunque esté generalizado su uso, yo y “el yo” no somos lo mismo, desde la vivencia.

Desde el punto de vista de esta conversión radical que padece, la mirada presenta en la representación ese “yo” que quiero objetivar y no aparece en la vivencia con la unidad que me muestra cualquier cosa que miro, sino que se muestra como esa diversidad que vivo. Pero una diversidad que tiene como nota la singularidad, que está dada por el momento, la situación, mi sentir que coalesce con el mundo que vivo. Diversidad que se manifiesta a mi mirada en todas las cualidades, texturas, sonidos, aromas, gustos, todos los aspectos que puedo discernir, sin embargo es única como vivencia. Aunque sea estructuralmente la misma, aunque pueda discernir los mismos elementos vivenciales, las mismas franjas de actividad, la misma conciencia actuante, la mirada es única, porque es la de este momento. En ella, todo aquello que puedo explicar teóricamente confluye en la síntesis del encuentro con el mundo, y en potencia puede desplegarse en otras tantas miradas que se posen sobre cada uno de esos aspectos de la variedad.

En ese momento, todo lo que en lo humano puede haber de objetivo, se convierte en subjetividad viviente. El mirar se transforma radicalmente. Deja de mirar desde afuera, mirarse en una foto o en el pizarrón, para *mirar desde adentro*. En el intento de pensarme necesito dejar de pensar para poder mirar y plantarme frente al fenómeno que soy, siendo. Yo vivo y a partir de esa percepción puedo pensar mi vivir y al que lo vive.

Y ahí, en la reflexión se produce una torsión del mirar, que deja su dirección espontánea hacia las cosas para volver sobre sí mismo *desde sí*.

²⁶ En su primera versión, en el *Discours de la méthode*, (GF Flammarion, Paris, 1996) dijo “*je pense, donc je suis*”. Y si la sustancia que es el alma es solo pensamiento, cabe la confusión con la reducción semántica que habitualmente se ha hecho del sentido de “pensar”. Pero en un segundo momento, en sus *Meditations métaphysiques* (GF Flammarion, Paris, 1992), aclaró ese sentido: “¿Qué es una cosa que piensa? Es decir, una cosa que duda, que concibe, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que también imagina, Y que siente.” Como se puede apreciar, este sentido del “pensar” es el que cabe al *cogito*, coagitarse, movimiento de la interioridad con la diversidad de estímulos mundanos, más acorde con la *erlebnis* husserliana, la vivencia que le sirve de base para su análisis fenomenológico.

Las teorías despliegan “en el pizarrón” (objetivamente) las cosas “como son”, o sea, como se conciben desde la experimentación y la abstracción teórica. Y cuando hablo de este fenómeno que soy, recurro a esos conceptos para poder comunicar. Pero esos conceptos traen sus propias “valencias” (sí, al estilo de los elementos químicos), poco relacionadas con las mías, esto es, con los códigos emotivos que sirven de capullo a mis “hechos” internos, y a la vez, fungen de código de memoria para su recuperación. Por eso suena raro cuando trato de explicar lo que me pasa (o sea, en términos teóricos) en lugar de describirlo con el lenguaje que me es propio, el de los sentimientos. Y no sólo raro, es que no alcanza a dar cuenta de mis vivencias de una manera plenaria que a mí mismo me enriquezca, me permita tomar en mis manos mi vida latente en lugar de disectarla (que es disecarla) con el análisis de una razón que me es ajena por el solo hecho de ser teórica.

De modo que tratar de incorporar a mi vivencia términos teóricos, acaba por distorsionarla y disecarla. Yo soy yo y no puedo ser contenido en la expresión “el yo”, porque en el mismo momento que la pronuncio, yo sigo siendo el que la pronuncia y no eso que pretendo objetivar²⁷.

Aún cuando también es teórico, el término “mirada” tiene valor de interfase porque resalta y pone como previa la fuerza de la vivencia antes que toda consideración analítica, encarnando o actualizando lo abstracto del concepto. Desde esa singularidad fenoménica y teniendo en cuenta que a ella se ha de volver necesariamente, se puede avanzar con el análisis, discerniendo los elementos que me interesen. Pero siempre teniendo en cuenta que será necesario recomponer el conjunto en su unicidad para devolverlo a la dinámica de mi vida, y si lo he logrado, ya no volverá a ser lo mismo que al principio. Porque mi visión habrá cambiado y con ella, yo mismo.

La mirada externa y la mirada interna

Básicamente, la mirada resulta de la interacción entre el medio y el individuo: el medio provee estímulos que la conciencia configura en imágenes.

Aquí es necesario ajustar la lente y discriminar entre las percepciones y las representaciones que se configuran simultáneamente. De modo que de un mismo

²⁷ Sobre esto me extiendo en *El yo y yo*, aporte publicado en www.parquelareja.org.ar/.

estímulo hay una doble producción imaginaria: las percepciones, lo que la conciencia presenta como referido al cuerpo, y las representaciones.

Esta referencia al cuerpo nos da un afuera del cuerpo si las percepciones son externas, y un adentro si son internas. En ambos casos, lo que se presenta es independiente de la conciencia, si bien lo interno puede quedar desvaído o distorsionado por la representación, por esas imágenes que duplican lo percibido pero no son independientes de la conciencia.

Según la posición en que se *imagine* el observador, la mirada puede ser externa o interna, y ésto está referido en principio a la visión de sí que puede tener. El primer caso es el habitual: me miro como si estuviera afuera, o como dice Silo, “desde el lado de las cosas”²⁸. En la tradición filosófica y científica a esta posición o punto de vista se le llama objetivismo. Se supone que la información corresponde a lo que el objeto es con prescindencia de lo que el sujeto crea, sienta o piense. Por tanto, trabaja con material de percepción de segunda mano, con nociones representadas, no con percepción. Y cuando parece que se maneja con ésta, su material ha sido representado, abstraído de la vivencia inmediata de lo percibido.

El segundo caso modifica la posición del observador. Por empezar, no es una posición imaginaria sino perceptual: se vive desde adentro del cuerpo. Por tanto, la información la recoge desde otro ángulo y con otra fuente: ya no es la imaginación sino la percepción interna. Por tanto, toma en cuenta al mismo objeto pero primordialmente capta y considera las vivencias del observador, lo que el sujeto cree, siente o piensa, aquéllo que el objetivismo descarta.

Llegados a este punto se puede abordar otra noción básica de Silo, inscripta en una frase medular de *La Mirada Interna*: “mi mente lo sabe cuando está despierta y lo cree cuando está dormida”²⁹. La equiparación que hace de la creencia con el sueño es muy fuerte como noción y sugiere un cambio radical ya no en la posición del observador sino en él mismo. Aquí radica la revolución de la mirada humana.

Con ésto podríamos dar por concluído el tema, pero recién empieza.

²⁸ *El paisaje humano*, cap. II, 2, O.C, vol. I.

²⁹ Cap. VI, 2, O.C, v. I.

Los elementos de la mirada

Si tomo la mirada como concepto del fenómeno vivencial en un momento determinado, puedo hacer un corte en el flujo de vivencias y así, resulta que puedo discernir los elementos que la componen en el paisaje que configura.

De manera gruesa podemos decir que el paisaje es un campo en el que se destaca el foco, el objeto que me interesa, ubicado en medio de una serie de elementos que integran la situación y configuran ese campo atencional. En éste puedo discriminar los campos de presencia³⁰, lo que tengo “frente” a mí, y de copresencia, lo que rodea al objeto y al mismo tiempo, quizás más relevante, el trasfondo de la vivencia, definidos ya no por el origen o fuente de la materia que constituye lo observado sino lo que Husserl describió como los modos de actualidad e inactualidad³¹ de la atención. Presente es lo que es foco para mi atención y copresente, lo secundario.

Pero no sólo me estimula lo perceptual sino que también actúa lo que pienso³², mis representaciones determinan ese campo perceptual de presencia pero no están en él. Están copresentes: son imágenes a futuro, recuerdos, fantasías que se asocian al objeto y se ven más o menos ligadas a él, más o menos determinadas según su ubicación en la copresencia. Y hay muchos elementos que no aparecen claramente definidos, como climas difusos o sentimientos imprecisos, esas señales de conciencia que por su ubicación, fuera del campo presente, fueron llamadas inconcientes por Freud.

Está claro que este análisis de campos no existe en la realidad sino que se trata de un trabajo sobre conceptos, sobre una suerte de graficación de la abstracción de la vivencia.

En el campo de presencia puedo distinguir el foco de mi atención, que se desplaza no sólo por lo que aparece en presencia sino también por la copresencia, “alumbrando” las distintas zonas del espacio mental. Puedo imaginar que la estructura acto-objeto

³⁰ Silo, *Psicología 2, Apuntes...*, O.C, v. II.

³¹ *Idea... I*, pgfo. 92.

³² Castoriadis lo plantea de un modo radical: “En este recorrido comprobamos que la percepción y la cosa no se dan desde un comienzo, sino que desde el punto de vista psicogenético emergen en la historia del sujeto, que hay flujo representativo independiente de la percepción e indudablemente previo a ella.”, *La institución imaginaria...*, vol. 2, p. 272. Se trata de una afirmación asombrosa para un materialista. Sobre todo porque va contra un dato elemental: la sensibilidad actúa desde el estado embrionario y aunque las representaciones surjan simultáneamente, la percepción, la experiencia es su fuente de materiales. Silo, *Apuntes...*, I, op. cit; Kant, Emanuel, *Crítica de la Razón Pura*, I, Prefacio de la 2da. edición, p. 72, nota 4, Ed. Sopena Argentina, Bs. As., 4ª. Ed, 1952; Ramachandran, M.D. y Blakeslee, Sandra, *Phantoms in the brain*, Morrow & Co, New York, 1998, p. 59. Está claro el impacto que su experiencia psicoanalítica tuvo en la consideración de lo psíquico.

se monta sobre un eje intencional, la atención que se tiende desde mí (observador o polo subjetivo) hacia lo otro que observo (el objeto o polo intencional).

En este juego de estar mirando a ver qué es foco, cómo aparecen los campos, voy diferenciando mis movimientos, el movimiento de mi atención. Así, voy discriminando mi atención, identificándola como sensación.

Atendiendo al foco puedo empezar a discriminar la profundidad de mi emplazamiento, el “desde dónde” miro.

Aquí la intencionalidad –la mirada vista como desde afuera- se vuelve atención –vista desde sí misma. Las direcciones de la atención se perciben desde sí, considerando que la estructura acto-objeto es, en última reducción, una línea imaginaria o eje entre dos puntos: el de aplicación y el de apoyo (o punto de mira)³³.

También puedo pasar del objeto presente, que atiendo en el campo de presencia, al objeto representado, el que construyo en la representación con los materiales que percibo. Así, paso de la situación como marco, a su representación.

Esa representación del objeto implica y realza la representación del observador, la sensación de mi presencia.

Con relación a la representación del objeto surge la posibilidad de identificar el punto de vista (vinculado al polo objetual) y en consecuencia, la franja de interés como marco para las representaciones asociadas o posibles. El punto de vista podré reconocerlo atendiendo a las cualidades de los objetos, el sentido de mis juicios u opiniones, que resaltarán qué es lo me interesa.

Por el otro lado, iré discriminando el polo del sujeto, que en la vivencia es el punto de mira.

El punto de mira se desplaza por ese eje emplazándose a veces en el borde del cuerpo, encimándome al mundo, otras desde más adentro, más desposeído del mundo, de las sensaciones que me produce. O sea, más desnudo, liberado de los reflejos que produce en mí. Adivino entonces que ese desde-dónde varía en sus “vestidos” según la profundidad, y se va haciendo un mero punto de mira que puede dirigirse en todas direcciones del paisaje, ampliado a las posibilidades que se abren con mi libertad de representación.

Estos elementos, si se siguen en mi descripción, podrán servir como coordenadas para orientarse en el flujo de las vivencias, en lo que comúnmente llamamos “pensamiento”.

³³ Silo, *Psicología 4, Apuntes...*, *ibídem*.

Una mirada es un sistema de ideación, esto es, un momento en la dinámica del sistema de ideación que integran los sistemas de representación y de tensiones. Es dinámica, co-nace a cada momento, en cada vivencia. Se modifica a sí misma con nuevas miradas, sobre otras cosas, sobre sí misma.

Y puede construir nuevas miradas, como es el caso de la abstracción, que es un proceso de internalización de la mirada referida a sí misma. La mirada puede volver sobre sí pero en el modo de representar distintos aspectos de lo que percibe de sí. A partir de ese material sensible es que puede trabajar el pensar por la vía abstractiva.

Estos elementos que puedo diferenciar en mi mirada, se hacen presentes cuando miro el momento, y lo mirado –mi mirada- se convierte en paisaje, en espacio presente. En un momento, en todo caso el central, de la estructura temporal.

Pero ese momento es sólo un momento, aún cuando en cada uno y todos los momentos pueda hallar estos elementos.

Necesitamos, entonces, algo más ligado a lo vivencial y aquí aparece otra diada mencionada por Silo: sentido y dirección.

Sentido y dirección

Todo tiene sentido y dirección. Silo diferencia entre los sentidos provisorios y el sentido de la vida, definiendo a éste como una dirección a futuro que da coherencia a la vida³⁴.

Todo objeto, toda situación, toda representación de situación tiene un sentido. Y ese sentido pone una dirección. Como mínimo, atrae o rechaza. El portador de sentido *va hacia* las situaciones que vive. Puede ser que las situaciones lo atraigan o que busque las situaciones. En la búsqueda, es el portador de sentido el que pone la dirección. Que es siempre una búsqueda de sentido. Un sentido que preexiste la búsqueda y está en mí.

El sentido está de este lado, del polo del sujeto, “en” mí. Y marca una dirección que puede o no coincidir con un objeto, porque por lo general se presenta como una figura desvaída o una idea difusa.

Todo eso que puedo reconocer en mi experiencia como que es el motor de mi comportamiento, eso que siento como sentimiento o pasión, sumado a los “colores” del mundo, es el sentido. Lo que valoro del mundo me moviliza y al mismo tiempo, da

³⁴ Ver *El sentido de la vida*, y también *La acción válida y Acerca de lo humano*, en *Habla Silo*, O.C. tomo I.

dirección. Los sentidos provisorios que me mueven, no por ser provisorios dejan de ser sentido y dan dirección.

En el otro extremo está la dirección que puedo pensar pero a veces no tiene la potencia movilizadora, le falta el sentido, tengo que buscarlo, construirlo para que me movilice.

Desde otro punto de vista, la mirada es evaluadora, le dice “sí” o “no” a las situaciones, vive su atracción o su rechazo. Esa evaluación queda objetivada en los valores que rigen mi conducta, que generalmente han sido incorporados como lo que normalmente se entiende por tales: conceptos establecidos por la mirada social. Y el conjunto de estas evaluaciones en mi experiencia, configuran el sustrato del sentido que para mí tiene el mundo.

Entre el sentido que me anima, que está aquí, en mí, que siento en mi cuerpo, y la dirección que tengo o busco, se encuentra el tiempo, la estructura de la temporalidad que me inserta en un devenir constante. Vengo de un pasado y voy hacia un futuro. El presente, que parece durar, en realidad no es más que el darme cuenta de que estoy aquí, en esta situación. Una y otra vez, instante tras instante. La sensación de duración surge de la constancia de elementos ambientales, de las personas y cosas que me rodean. El cambio de situación o en la situación me da la sensación de transcurrir, de que el tiempo pasó.

La dirección que tengo o busco está en el futuro, que constantemente me lleva hacia él. Si bien es la conciencia la que a cada momento pone una imagen de futuro que me tracciona, lo que vivo es que el futuro viene hacia mí. Y lo puedo modificar porque es una imagen, una representación que puedo trabajar teniendo en cuenta los sentidos con que ya cuenta, la experiencia que me dejó lo pasado.

El sentido básico, soporte de todos los sentidos del mundo, es el sentido de la vida. Eso significa, de la única que tengo a mi alcance: mi vida. Es la sensación que tengo del vivir, más acá de lo que siento por las situaciones que vivo.

Ese sentido puede estar dado o sepultado bajo los sentidos provisorios. En ese caso, la imagen de una dirección que lo alumbre me ayuda a reconocer los sentidos que no tienen que ver con él y los que me acercan a él.

El sentido de la vida es lo propiamente humano, es el sentido que tengo de lo humano que alienta en mí. Y debe ser cultivado o, más bien, des-cubierto.

Pero eso es mi tarea personal e intransferible. Aunque todas mis actividades se funden en ella, no puedo delegarla, encargársela a nadie.

La pregunta es cómo instalar esa búsqueda o construcción en los seres humanos. Si se trata de una tarea indelegable, resulta imposible hacerlo.

Si la dirección hipotética que planteo es correcta, tendría que formar parte de la intencionalidad humana. Veamos.

Se podría afirmar que a partir de las invasiones arias (entre el 4.000 y el 1.000 a.n.e), que impusieron su organización jerárquica patriarcal, se desarrolló el individualismo, o sea, la dirección hacia sí, que en lo personal se vive como egoísmo.

Esta dirección atenta contra la diversidad, promueve la uniformidad porque inhabilita al individuo para reconocer, aceptar y disfrutar de las variaciones.

Lo contrario de esta dirección es el humanismo, porque proyecta el ser del individuo, no lo que el individuo cree ser. Y lo hace a escala global promoviendo el reconocimiento del otro como igual, el sentir que el otro humano es humano como yo. De este modo, estimula la trascendencia. La conciencia rompe su condena de ser otra cosa que sí misma³⁵ para reconocerse en otras conciencias.

Si el propósito, cualquiera, tiene como función organizar la conducta, el propósito de humanizar tiene un efecto multiplicativo, porque alcanza a otras conductas generando un proceso circular que implica a otros y me co-implica.

Y hay otra dimensión, que es la individual, la íntima de cada uno. Emplazado en ese eje y habiendo reconocido la movilidad del punto de mira, con las transformaciones de investidura que produce, la dirección en profundidad me va dejando cada vez más desnudo hasta perder toda otra referencia representativa, toda valoración externa, y apenas sostener la identificación desnuda con ese punto de mira.

En ese emplazamiento, puedo llegar a sentir una transformación radical en el punto de mira, lo último que queda de mí. Puedo llegar a vivir la expansión del mirar, desde el punto hacia una periferia que pasa a sostener una miríada de puntos desde los cuales se pasa a mirar, como si células sensibles se distribuyeran sobre la superficie interna de una esfera, desde las cuales “miro” si es que todavía es “yo” lo que mira.

Y se produce en consecuencia una transformación radical del paisaje.

La potencia de la mirada humana está todavía por descubrirse y esto se agrega al sentido conservador que en principio propugna el humanismo, la necesidad de conservar la especie. La potencia de lo humano está todavía por verse y el sentido de cobijarlo radica en esa necesidad de acunar su desarrollo.

Buenos Aires, octubre 24 de 2018

³⁵ Sartre, Jean Paul, (nota 21).